

CARLOS MARTÍNEZ

# Juntos, todos juntos

*Crónica del primer intento colectivo de  
saltar la frontera estadounidense*

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

La revolución de quienes caminan, 11

Espejo de presidentes, 13

El Salvador, en negación, 16

## PARTE I: LA CARAVANA ATRAVIESA GUATEMALA

Jueves 18 de octubre de 2018, 23

La caravana acéfala, 25

Una avalancha que crece, 26

Sábado 20 de octubre de 2018, 28

Pensarlo antes, 31

La América Central era una avalancha, 33

Domingo 21 de octubre de 2018, 36

Dicen que dicen, 39

La marcha al galope, 40

La cola triste, 41

## PARTE 2: LA CARAVANA RECORRE MÉXICO

Miércoles 24 de octubre de 2018, 45

Irma, 47

Sin mapas, 48

Mapastepec, 50  
Viernes 26 de octubre de 2018, 52  
Los otros rezagados, 54  
El Gobierno mexicano renueva la oferta, 56  
Viernes 2 de noviembre de 2018, 56  
La caravana no sabe de política, 59  
Los chalecos verdes, 62  
La caravana contra la caravana, 68  
Domingo 4 de noviembre de 2018, 71  
El verbo traicionar, 73  
El agua fría, 75  
Al límite, 77

### PARTE 3: TIJUANA

Viernes 23 de noviembre de 2018, 83  
El juego de la papa caliente, 84  
*Make Tijuana Great Again*, 85  
El purgatorio en un cuaderno, 90  
Lunes 26 de noviembre de 2018, 96  
Pelear contra un muro de lata, 99  
Jueves 29 de noviembre de 2018, 102  
El fin de la caravana, 104

### EPÍLOGO

Rancheras en la caravana, 109

*A Edín, porque le debía un libro.*

*A Marisa, porque todos mis cuentos  
son también sus hijos.*

# INTRODUCCIÓN

## LA REVOLUCIÓN DE QUIENES CAMINAN

Más de diez mil centroamericanos indocumentados atravesaron México de forma visible a finales de 2018, ostentando su falta de papeles migratorios y desafiando las advertencias del presidente Enrique Peña Nieto y su homólogo estadounidense Donald Trump. Desafiando incluso los malos presagios enviados por los Gobiernos y presidentes de sus propios países, que los desconocieron, que los advirtieron de mil peligros, que los amenazaron con cerrar fronteras para impedir su marcha. Esa romería de migrantes, salidos mayoritariamente de Honduras y El Salvador, fue indetenible en Guatemala y a lo largo de todo el territorio mexicano. Representó de inmediato una desesperación mayor a su propio número y se convirtió en metáfora de la esencia de la América del Centro. Sus caminantes, ajenos al debate de quienes en poderes y medios de comunicación no sabían si llamarlos migrantes o refugiados, fueron entre octubre y diciembre la encarnación del desamparo, de las omisiones y de las mezquindades a las que han sido sometidos por años, por décadas, los ciudadanos más vulnerables de esa región.

En el último medio siglo, cientos de miles de centroamericanos —no es desmesurado decir millones— han atravesado México en ruta hacia Estados Unidos. Las cifras históricas hacen palidecer los puñados de miles de esas caravanas. En 2017, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) estimaba que cada año cuatrocientos mil centroamericanos atraviesan México.

Solían en el comienzo de este siglo viajar por rutas preestablecidas por coyotes, que cobran hoy entre seis mil y diez mil dólares a cada persona. En esos años, quienes no eran capaces de reunir esas fortunas avanzaban por carreteras y caminos, cruzaban fronteras, sin más brújula que la intuición y el consejo del boca a boca, sorteando casetas migratorias por veredas y montes, o aferrados al techo de trenes de carga tomados por asalto. Cuando visité el albergue de Ixtepec, Oaxaca, en 2008, no conocí allí a una sola persona que no hubiera sufrido una agresión en su tránsito por Chiapas: secuestros, palizas, asaltos a manos de agentes de migración o de la gran variedad de policías mexicanos. Entre ellos se había hecho común la práctica de aconsejar a las mujeres llevar preservativos en sus mochilas, para ofrecerlos a sus violadores como único acto de resistencia. Se ha hecho verdad permanente la estimación de que siete de cada diez mujeres que migran por tierra a Estados Unidos serán violadas en algún punto del camino, sin que haya reacción institucional, sueño de solución, queja oficial siquiera al respecto. El sufrimiento que padecían ellas o los hombres que hacían el mismo camino era silente, fácil de esconder bajo la alfombra: solos o en pequeños grupos, sin apenas dinero o contactos, temerosos al mismo tiempo del resto de caminantes desconocidos, del crimen organizado y de la migra mexicana, eran incapaces de significar mucho. Eran para los estados de la región y para la conciencia colectiva, de alguna retorcida manera, cómodos.

Quienes esta vez viajaron convertidos en multitud cambiaron eso: encontraron una forma segura y repentina de prescindir de los coyotes que los esquilmaban, de protegerse ante las acechanzas de grupos criminales y de superar las trampas de las corruptas autoridades mexicanas. Acompañé a la primera de las caravanas desde Guatemala en su recorrido hasta Tijuana. Vi en una estampa rocambolesca a agentes federales parando el tráfico para ayudarles a conseguir aventón. Vi a patrullas de las policías

estatales y municipales llevando sus *pick-ups* llenos de mujeres y niños centroamericanos, aliviando su camino un puñado de kilómetros, siendo un efímero tren de indocumentados.

Mientras atravesábamos la garita migratoria de Pijijiapan, Chiapas —uno de los puntos donde suelen ser detenidos gran parte de los indocumentados que llegan de El Salvador, Guatemala u Honduras—, un joven hondureño le pidió a un periodista que le sacara una foto junto a uno de los agentes del Instituto Nacional de Migración mexicano. «Es que ese gordo me agarró el año pasado», le explicó, señalando al agente.

## ESPEJO DE PRESIDENTES

Estos migrantes cambiaron en tromba, quizá para siempre, la forma en que los centroamericanos sin papeles y sin dinero atraviesan México. Con la llegada del gobierno de Andrés Manuel López Obrador, el cambio de tono busca ahora caminos para convertirse en política permanente. Visas temporales entregadas por orden de llegada; permisos y ofertas de trabajo para decenas de miles de inmigrantes a la semana; un puente que contrasta —y tal vez en realidad se complementa— con la repetida amenaza del muro estadounidense en el río Bravo.

Pero sin proponérselo han tenido también un efecto menos previsible: han expuesto de una forma urgente e implacable a la región que los expulsó. Entre todos han conseguido sin quererlo —muchos cantan su himno nacional antes de emprender el camino, como en un ritual de solemnidad heredada; los hay que cargan banderas, como quien expande el territorio de la patria— hacer un



PARTE UNO  
LA CARAVANA ATRAVIESA GUATEMALA

## JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2018

La caravana de migrantes hondureños que atraviesa Centroamérica ha abarrotado los sistemas de albergues y refugios en Guatemala.

La infraestructura dispuesta para ayudar a los migrantes que se dirigen hacia México ha sido sobrepasada por los miles de hondureños que llegaron a lo largo del miércoles 17 de octubre. El sacerdote Mauro Verzeletti, jefe del principal albergue para migrantes en Ciudad de Guatemala, estimó que entre el martes y el miércoles han pasado más de cinco mil personas por las instalaciones que dirige. El 35 % de quienes han transitado por el albergue, aseguró, son niños.

Verzeletti es un religioso brasileño miembro de la orden Scalabriniana, con más de una década de trabajo sobre el fenómeno migratorio en Centroamérica. Actualmente coordina una red de apoyo para las personas que atraviesan el país rumbo al norte y no recuerda un precedente del flujo de personas que se aglomeró estos días frente a La Casa del Migrante, la institución de referencia en el tema.

La noche del miércoles 17 de octubre, La Casa del Migrante fue sobrepasada por el enorme número de hondureños que buscaban un lugar donde dormir. Hubo que habilitar una escuela que está ubicada justo frente al albergue, pero también fue insuficiente para dar cabida a los hondureños que no pararon de llegar a lo largo de la noche. Muchos durmieron en las aceras colindantes. Otras dos instituciones que abrieron sus puertas a los migrantes también se vieron colapsadas.

Humberto Barrios, otro sacerdote que trabaja en el refugio, explicó que las capacidades del lugar se corresponden con un número normal de gente en tránsito, que suele ser de entre treinta y cincuenta personas por día.

El flujo y las rutas de la caravana son impredecibles, porque han dejado de ser una marcha uniforme. Mientras que los más veloces llegaron el miércoles a la frontera entre Guatemala y México, los rezagados todavía se encontraban en el departamento de Zacapa, fronterizo con Honduras. Avanzan en grupos pequeños. Los que tienen recursos abordan autobuses internos, otros piden ayuda en las carreteras o simplemente caminan. Van llegando a los puntos de encuentro, como La Casa del Migrante, de forma desperdigada y deciden por separado cuándo seguir.

Durante la madrugada del jueves 18, varios grupos se dieron cita en la plaza central de la capital guatemalteca para emprender el camino hacia la frontera de Tecún Umán, en el departamento de San Marcos. La mayoría pensaba caminar los más de doscientos kilómetros de recorrido, llevando básicamente lo puesto. Otros llevan cochecitos de bebés donde transportan a sus hijos. Por la tarde de ese mismo día, los coordinadores de La Casa del Migrante de Tecún Umán reportaron también que el albergue estaba abarrotado.

Mientras los primeros grupos arrancaban su recorrido desde la capital, otros apenas llegaban a la ciudad en busca de descanso y víveres. Junto a ellos, llegó también la embajadora de Honduras en Guatemala, Vivian Panting, acompañada de una delegación de la Embajada. Su misión consistió en intentar convencer a los recién llegados de que regresaran a Honduras, y para ello había llevado un pequeño autobús. Solo una familia de cinco miembros accedió a volver.

El padre Verzeletti abominó la actitud de la representación diplomática de Honduras e incluso criticó al presidente salvadoreño: «Lo que están haciendo la embajadora y el Gobierno de Honduras

PARTE DOS  
LA CARAVANA RECORRE MÉXICO

## MIÉRCOLES 24 DE OCTUBRE DE 2018

La romería de migrantes centroamericanos se ha internado ya más de cien kilómetros en territorio mexicano sin que ninguna autoridad se atreva a detener su paso.

Este miércoles 24 de octubre, miles de personas recorrieron los sesenta y cinco kilómetros que separan el municipio de Huixtla —donde acamparon durante dos noches— de Mapastepec, en el sureño estado de Chiapas. Aunque avanza como bloque, la marcha dejó de ser una masa compacta en las carreteras, para separarse con kilómetros de por medio a lo largo del trayecto: los primeros en llegar se apoderaron de la plaza central del Mapastepec desde las diez de la mañana; mientras que los más rezagados caminaban bajo un calor vaporoso a lo largo de los últimos veinticinco kilómetros.

El Gobierno mexicano envió a más de trescientos agentes federales de distintos estados de la Unión hacia Chiapas. Varias decenas de patrullas acompañan la marcha, sin hacer más que verlos pasar u organizar el tráfico en las carreteras. De momento, no los detienen, los vigilan nada más, algo insólito en la historia de la migración centroamericana a través de este país.

Estas rutas han sido padecidas durante décadas por indocumentados, principalmente del triángulo norte de Centroamérica, que han sufrido la crueldad y los abusos de las autoridades federales, estatales y municipales a lo largo del camino. Las rutas suelen vadear las casetas migratorias, rodeándolas por veredas que atra-

viesan las mesetas circundantes, donde suelen establecerse grupos de criminales que los asaltan, secuestran, violan o asesinan. Pero hoy, las casetas migratorias no son más que edificios irrelevantes, donde unos desconcertados agentes ven pasar un torrente de personas en el que nadie —absolutamente nadie— tiene sus documentos en regla.

Las autoridades mexicanas no consiguen establecer un solo criterio para afrontar la situación. Un agente del Instituto Nacional de Migración en la caseta de Pijijiapan decidió su propia norma: no podrá pasar ningún indocumentado... que viaje en grupos pequeños. En cambio, si caminan en un bloque numeroso, considera que son parte de «la caravana», y los deja pasar. Otra norma que creó es que tienen que ir a pie. Decenas de sin papeles viajaban en la parte trasera de un camión de arrastre. El agente, diligente con su propia regla, detuvo el camión y los obligó a bajar; les explicó que nadie podía viajar en «vehículos privados», los obligó a esperar en la estación migratoria y, cuando tuvo retenidos a un par de cientos, los dejó seguir. A pie, eso sí.

Sin embargo, unos cincuenta kilómetros antes, un agente federal regulaba el número de personas que podían subirse a un *pick-up*, cuyo conductor ofreció transportar a miembros de la caravana. Cuando consideró que la parte trasera del vehículo estaba muy llena —y lo estaba— lo dejó seguir, como un puercoespín, atestado de personas. Otros viajeros reclamaban al agente que no les había permitido aprovechar una oportunidad tan buena, y el federal les regañaba, paternal: «Es que ustedes son muy desesperados, tengan paciencia», y se quedaron juntos —policía y migrantes— esperando otro transporte que diera aventón a los caminantes.

Otro policía federal me explicó, derretido sobre un sofá del hotel La Montaña, en Mapastepec, que tenía órdenes de no entrar en conflicto con la caravana. «Solo estamos aquí para escoltar a estas personas, por su propia seguridad, y para evitar que haya

PARTE TRES  
TIJUANA

## VIERNES 23 DE NOVIEMBRE DE 2018

Rachel llegó a Tijuana apretujada en el interior de un furgón que transportaba cuarenta y cinco ataúdes y ciento cuarenta personas.

El señor Melena, camionero de profesión y oriundo de Guadalajara, venía saliendo de Mexicali, con su furgón medio vacío, listo para llevar cajas de muerto a una funeraria que las había encargado el día anterior. En la carretera, un grupo de personas le hizo parada: «Me nació del corazón ayudarlos. No todos son malos, hay de todo», explicó después el señor Melena. Compadecido, permitió a los migrantes ordenar los cuarenta y cinco cofres en una especie de altillo dentro del contenedor y meterse en el espacio sobrante hasta atiborrar aquella lata inmensa.

Ahí iba Rachel, con los ojos abiertos a ratos, tosiendo como todos, serpenteando montañas y planicies hermosas como ella misma. A lo largo de ciento ochenta kilómetros atravesó horizontes de tierra rojiza, páramos infinitos de rocas gigantes, un desierto ruborizado por la luz. Ahí iba Rachel, confiada en el abrazo de su padre, asomada en una manta tibia, apenas audible, mínima, con sus cuarenta y cinco días de edad, viajando sin parar hacia la última esquina de América Latina, donde la esperaba un enorme signo de interrogación.



## EL JUEGO DE LA PAPA CALIENTE

Durante cuarenta y dos días, esta ola —que fue indetenible hasta hoy— ha recorrido casi cinco mil kilómetros desde que se gestó en San Pedro Sula, Honduras; y ha ido recogiendo a su paso a salvadoreños y guatemaltecos igual de hartos de vivir en sus patrias.

Se expusieron a las injurias de sus propios presidentes, que los acusaron de ser manipulados desde las sombras por oscuros poderes; a las calumnias del presidente estadounidense, que los llamó invasores cuando todavía caminaban por Centroamérica. Durmieron en las aceras de Ciudad de Guatemala, soportando el frío de la noche chapina; arrasaron el portón de la aduana de Tecún Umán; se convirtieron en avalancha sobre el puente Rodolfo Robles y luego saltaron desde ahí hacia el río Suchiate; se arrastraron pesadamente por Chiapas y Oaxaca, aplastados por el calor y por sus pies desollados; sufrieron la traición del gobernador de Veracruz, que los engañó, prometiéndoles autobuses que nunca llegaron; enfrentaron su propio caos, su propio hastío, se maldijeron, se enfermaron, fueron una riada famélica subiendo como hormigas la serranía poblana; entraron triunfales a Ciudad de México, interrumpiendo a capitalinos hípsters que disfrutaban su *brunch* en la elegante colonia Polanco; fueron un grupo de mujeres trans tirando besos a los pasajeros de la línea azul del metro; fueron niños que viajaron en carriolas; fueron jugadores de fútbol en un campo de refugiados; se hicieron un asunto político y diplomático regional y luego emprendieron su viaje hacia «allá». Hacia el idealizado norte.

Avanzaron como pudieron por Querétaro, Irapuato y Guadalajara y, cuando parecía que la meta se estiraba por el ancho norte mexicano, tuvieron la certeza de que no eran bienvenidos, pero de una forma rara, o sea, de una en la que el desprecio se convierte en buena noticia: los estados de Jalisco, Nayarit, Sinaloa y Sonora estaban tan afanados por no verlos, por no hospedarlos y por

## RANCHERAS EN LA CARAVANA

Alma Guillermoprieto —a mi entender, la más alta y luminosa estrella en el universo del periodismo— volvió a El Salvador en 2011, después de treinta años de no haber puesto un pie en el país en el que inició su vida como reportera.

En 1981, Alma vio con sus propios ojos el escenario que resumió todos los espantos de la guerra civil en mi país: la masacre en el caserío El Mozote, donde los cuerpos especiales del ejército lanzaron niños al aire y los atraparon luego con el filo de las bayonetas, o los hicieron explotar en masa, encerrándolos en una iglesia y arrojándoles granadas para ahorrarse el hastío de tener que matarlos uno a uno; donde separaron a las mujeres para violarlas y hacerles maldades abominables. Durante tres días con sus noches, los soldados mataron laboriosamente a mil campesinos indefensos, inventándose abyecciones sin límite. Alma vio, días después, el escenario sin aliento que quedó luego de la barbarie y se lo contó al mundo en las páginas de *The Washington Post*. Y nada pasó. La máquina de matar no se detuvo, la guerra siguió su curso y la generación de mis padres se mató, se desapareció y se torturó con fruición durante una década más.

Soy de alguna manera hijo de las escenas que aparecen en los relatos de Alma y, desde que se me fue dado el privilegio de llamarme periodista, me he dedicado a dar cuenta de las herencias más pertinaces que le quedaron a Centroamérica luego de aquella década en llamas: su pobreza endémica, su adicción a la violencia